

## Capítulo 9

### Literatura, finitud y creación: poéticas desde la intemperie

Erica Areiza Pérez

Universidad de Antioquia

*Somos, desde el inicio, seres necesitados de acogimiento porque somos finitos, contingentes y frágiles, porque en cualquier momento podemos rompernos, porque estamos expuestos a las heridas del mundo.*

Mèlich, 2014

#### Resumen

Ante la vida y la realidad quebrantadas, la literatura despliega, desde los bordes, unas “poéticas” que se adentran en la fragilidad humana, en las zonas oscuras de la sociedad. Su potencia simbólica reside en su despliegue estético, pero también, en las derivas de orden ético y político que se desprenden de sus composiciones. Desde tiempos inmemoriales, la creación literaria ha sacudido las verdades cristalizadas, ha hurgado los silencios más recónditos y ha desnudado las metáforas que nombran, con sutileza y arrojo, las bellezas y los horrores que habitan la existencia.

En estos develamientos ha desnudado no solo la vulnerabilidad presente en las distintas edades y visiones construidas; también las gramáticas de la intimidación, el miedo y la violencia, la acción totalitaria, el atropello de la vida. Caben allí todas las dolencias de la humanidad: las que se heredan, las que se van formando en las propias trayectorias vitales, las que provocan los regímenes de la fuerza violenta. Este resquebrajamiento continuo ha provocado en el campo literario una intemperie creadora de experiencias de fuga.

Ni la intemperie ni la creación acontecen solo en los autores o autoras; los personajes de sus obras son lanzados también a una orilla donde el peligro

acecha, donde el cuerpo enferma, donde un inmenso nubarrón cubre el horizonte existencial. No obstante, también son posibles el destello, la invención cotidiana que aferra al vivir allí donde todo parecía imponer la muerte y el desmoronamiento. A través de esas tramas, la condición humana se reconoce en sus memorias de dolor, de miseria y de belleza. De ahí su carácter iluminador en tiempos de crisis, en los que se asiste a una convencionalidad trastocada, a un caos que irrumpe con ferocidad. La guerra, la enfermedad y distintas formas de dominación son algunas de esas manifestaciones que estremecen la habitualidad y abren las heridas más hondas. La pluma no ha guardado silencio frente a ello, ha reaccionado con narración, poesía y drama.

Dentro del vasto universo narrativo hay producciones de la literatura contemporánea que han captado con una hondura formidable ese mundo roto. Este texto centra su atención en algunas obras que constituyen vías de construcción de sentido alrededor de esas sombras y vislumbres de creación que emergen para fundar nuevas respiraciones. El corpus seleccionado comprende *La edad de hierro* (2002) y *Vida y época de Michael K* (2014) del sudafricano John Maxwell Coetzee; *El asedio de Troya* (2020) del escritor griego-sueco Theodor Kallifatides, *El señor Pip* (2008) del neozelandés Lloyd Jones, *Multitud errante* (2015) y *Los ejércitos* (2007) de los autores colombianos Laura Restrepo y Evelio José Rosero, respectivamente.

**Palabras clave:** *literatura, opresión, resistencia, memoria, política.*

## Umbral o líneas introductorias

La finitud es una herida que se revela en el cuerpo desde nuestra llegada al mundo. Por ello, el primer llanto inevitable, ese grito originario que anuncia la fragilidad y revela una ineludible verdad: nacer es una forma de empezar a morir. La puesta en camino de la vida no transcurre en terrenos llanos y regulares, en océanos de amigable profundidad. La existencia habita el bosque donde siempre hay un lobo al acecho; transita por las rutas del viento, por el barro que obstruye los pasos para retar su ímpetu. Somos un acumulado de quebrantos cotidianos, de hojas rotas que se dispersan y se unen de nuevo en una composición renovada, en trazos que desobedecen a las líneas perfectas, acabadas, firmes.

Desde el inicio de la vida se reveló la pérdida. La infancia era una reunión de asombros, pero también, de recurrentes desprendimientos. Era esa pequeña patria que cuando más se complacía en su abundancia, resultaba invadida y saqueada. Y la carencia adquiriría rostro, no como esa escasez irremediable, sino como la promesa de algo o alguien que arribaría algún día. Siempre había un vacío, una pieza ausente en el tablero del ajedrez, una página arrancada en

la parte más densa de la trama novelesca, una cerilla con nostalgia de fuego. Era la incompletitud.

Las formas del dolor no se hacían esperar. Se revelaban en la aparatosa caída en el cemento, en el brote de la sangre, en la herida abierta como una boca vociferante que solo sabe de quejidos. El cuerpo podía romperse. Entonces se empezaba a notar algo extraño, a veces no había caídas, no había empujones y, no obstante, una fuerza implacable apretaba el corazón y raptaba todo asomo de alegría. Vivir dolía en todo caso.

Con el paso de los años, se iba ganando firmeza: el ego se nutría de los vastos aprendizajes conquistados, la voz adquiría un tono más elevado, los pasos parecían transitar por terrenos menos viscosos, el aire se hacía menos denso y el vuelo encontraba las mejores coordenadas. Ícaro ascendía venturoso, pero mientras más encumbradas las alas, más inminente la caída. De nuevo en el suelo ante las alas partidas. Las certezas nos seducían con halagos y luego desertaban de nosotros como amante fatigado de los reinos amatorios. Las verdades se tornaban como el río cambiante de Heráclito; la duda era la astilla que se desprendía de la madera para recordarnos que en la dureza habita siempre lo punzante, el objeto afilado que agrieta.

Adentrarse en el mundo y ahondar en lo misteriosamente humano, en lo misteriosamente mundo, no solo revela la vulnerabilidad presente en las distintas edades y visiones construidas, devela también las gramáticas de la intimidación, el miedo y la violencia que se enquistan en la realidad social y que se revelan en la acción totalitaria, en los perpetradores de la vida, en las armas sin reparo. La humanidad es un inmenso hospital donde se reúnen las dolencias del mundo, las que se heredan, las que se van formando en las propias trayectorias vitales, las que provocan los regímenes de la fuerza violenta, las que surgen como rezones empeñados en sacudir la costumbre de los días. Este continuo resquebrajamiento de los cuerpos y de las sociedades se ha convertido, para el campo literario, en una vasta fuente de creación y de pronunciamiento estético. Se trata de poéticas que se configuran desde la intemperie, esto es, desde un borde fundador de experiencias de fuga.

Pero ni la intemperie ni la creación acontecen solo en los autores o autoras de las obras de literatura; sus personajes son lanzados también a una orilla donde el peligro acecha, donde el cuerpo enferma, donde un inmenso nubarrón cubre el horizonte existencial. No obstante, también son posibles el destello, la invención cotidiana que aferra al vivir allí donde todo parecía imponer la muerte y el desmoronamiento. A través de esas tramas, la condición humana se reconoce en sus memorias de dolor, de miseria y de belleza. De ahí su carácter iluminador en tiempos de crisis en los que se asiste a una

convencionalidad trastocada, a un caos que irrumpe con ferocidad. La guerra, la enfermedad y distintas formas de dominación son algunas de esas manifestaciones que estremecen la habitualidad y abren las heridas más hondas. La pluma no ha guardado silencio frente a ello, ha reaccionado con narración, poesía, drama...

Dentro del vasto universo narrativo, hay producciones de la literatura contemporánea que han captado con una hondura formidable ese mundo roto. Este texto centra su atención en algunas obras que constituyen vías de construcción de sentido alrededor de esas sombras y vislumbres de creación que emergen para fundar nuevas respiraciones.

## De cuerpos quebrantados, sujeciones y fugas

En la narrativa prolífica y notable del escritor sudafricano J. M. Coetzee se asiste a un entramado literario en el que se despliegan variadas formas de finitud manifiestas en la soledad, el desamparo, la decadencia y la marginación que viven muchos de los personajes protagónicos de las obras. En sus cuerpos se trazan cartografías del padecimiento en las que se reafirman dolores, ausencias, la noche densa del existir que se reviste de presencia para recordar el tránsito efímero del ser humano por el cosmos; un devenir que se torna tortuoso muchas veces y que arranca el grito en el silencio o en el clamor que rebota en la dureza, en el muro rígido de las épocas.

Este detenimiento en el universo ficcional del autor centra su atención en dos novelas, a saber, *La edad de hierro* (2002) y *Vida y época de Michael K* (2014). Como otros libros presentes en su trayectoria, estas obras desnudan una Sudáfrica atravesada por los intrincados paisajes de una guerra civil avivada por el *apartheid*<sup>1</sup>, un sistema de segregación racial impuesto por un régimen político obstinado en garantizar privilegios a los colonizadores blancos y en despojar de sus derechos a la población negra. La separación, el menosprecio y la dominación se enquistaban en esas prácticas discriminatorias que prescribían y normatizaban la vida a tal punto que, en su propia tierra, los negros debían contar con un salvoconducto o pase para desplazarse de un lugar a otro. Este atropello y el reclamo de libertad son retratados de forma precisa y conmovedora

.....  
1 Este sistema político se creó en 1948 y se extendió hasta 1991. El Congreso Nacional Africano (CNA), partido liderado por Nelson Mandela, fue el gran impulsor de la abolición del *apartheid*. Mandela recibió el Premio Nobel de la Paz en 1993 y llegó a la presidencia de Sudáfrica en 1994, cargo que ocupó hasta 1999.

por la poeta Ingrid Jonker (2015) en un poema intitulado *El niño asesinado por los soldados en Nyanga* (p. 67):

... el niño está presente en todas las asambleas y legislaciones  
 el niño mira expectante por las ventanas de las casas y en los corazones  
 de las madres  
 el niño que sólo quería jugar al sol en Nyanga está por todos lados  
 el niño que se ha hecho un hombre recorre toda África  
 el niño que se ha hecho un coloso va por todo el mundo  
 Sin un pase

Es la dureza de una época que Coetzee condensa de forma contundente desde el título que le asigna a su novela *La edad de hierro*. En esta obra, una mujer enferma encarna el carácter insalubre de su tiempo; su cuerpo gastado y decadente compone la metáfora del deterioro social y humano al que asiste: “La acumulación de toda la vergüenza que he sufrido en mi vida me ha provocado cáncer” (Coetzee, 2002, p. 164). Su voz entrecortada y temblorosa habla de una tierra que derrama sangre y no parece saciarse. Y va quedando por ello un cuerpo reseco, una aridez interior, una casa vacía en un desierto de ausencias. En medio de esa sequedad, un goteo de palabras va humedeciendo sus entrañas. En el acontecimiento de la escritura encuentra respuesta a su sed: “Ciertamente la muerte puede ser el último gran enemigo de la escritura, pero escribir también es el enemigo de la muerte” (Coetzee, 2002, p. 133). Sus trazos crean, a través de una carta que le dirige a su hija lejana y ausente, un espacio vital en el que recobra el aliento. Cada página es un reverdecer en el paisaje arenoso, una puntada que va zurciendo el dolor y que desata ese anuncio de lo bello que persiste, como lo recuerda Bonnet (2015, p. 417) en estos versos:

No hay cicatriz, por brutal que parezca,  
 que no encierre belleza.

En *Vida y época de Michael K* se dibuja también esa realidad agreste. La trama se centra en la humanidad de un hombre con labio leporino que desde pequeño siente los latigazos de quienes lo rodean. A esos azotes en el afecto, soportados en soledad, se suman los golpes de una sociedad en guerra. Se trata de un contexto político en el que hay individuos que tienen valor y otros que no cuentan; son esas vidas precarias a las que alude Butler (2006): “Otras vidas no gozan de un apoyo tan inmediato y furioso, y no se calificarán incluso como vidas que valgan la pena” (p. 58).

¿No ha ocurrido siempre así? ¿Acaso no ocurre aún? Desdoblemos la historia, sacudamos sus pliegues y miremos cómo caen las vidas incontables por ser

escandalosamente numerosas, pero también, porque nunca han contado. En la guerra, en los territorios marcados por la desigualdad social, en los sistemas totalitarios, en las empresas colonizadoras, hay seres que, aunque vivos, no viven porque les anulan su condición de sujetos.

Así piensan de Michael K, un hombre sin atributos, un paria que transita por los caminos de África con su madre enferma en una carreta para devolverla a su pueblo. Esto en medio de toques de queda, de confrontaciones armadas, de obligados permisos para transitar de un lugar a otro. Él no se reconoce en ese orden social, no se siente parte de un sistema que lo persigue, que lo encierra en hospitales, en sanatorios. Por eso su vacío, su incompreensión: “Siempre, cuando intentaba explicarse a sí mismo, quedaba un hueco, un agujero, una oscuridad que su razón evitaba” (Coetzee, 2014, p. 173).

También este personaje subvierte, a partir del silencio contemplativo, ese mundo sórdido. Dado su oficio de jardinero, busca su propio huerto en la tierra de la que brota; ese huerto como lo sugiere otro personaje de la obra al referirse a Michael: “No está en ningún mapa, ninguna carretera corriente lleva allí, y únicamente tú conoces el camino” (Coetzee, 2014, p. 173). Es la vuelta al origen, el instante interior en el que mirar hacia adentro se convierte en la posibilidad de acariciar los detalles, de crear un fresco de tonalidades y formas sin dictaduras. Michael K es el fresco de una humanidad pacifista, el altavoz silencioso de un espíritu distinto para una época enferma.

## Refugios de humanidad o relatos para sobrevivir al horror

En algunas obras literarias es posible apreciar no solo el retrato de la crisis de determinada época, sino también, el sentido que cobra la literatura dentro de la literatura misma, esto es, tramas en las que la narración, la lectura y la palabra escrita como creación estética fundan una morada alterna cuando los lugares habituales en los que transcurre la vida son acechados por la hostilidad y el peligro. En los variados ejemplos que ilustran esta tendencia aparecen dos obras que vale la pena desplegar, a saber, *El asedio de Troya* del escritor griego-sueco Theodor Kallifatides y *El señor Pip* del neozelandés Lloyd Jones.

En la primera obra, Troya pervive aún porque la guerra no termina de despedirse del mundo. Desde la Grecia Antigua hasta hoy, los campos de batalla han contado con innumerables reediciones donde diversidad de ejércitos se trenzan en una lucha desaforada y cruel ¿Imaginaría Homero que sus epopeyas tendrían tal vigencia en el devenir histórico de la humanidad? Es esa actualización sobre la que llama la atención Kallifatides cuando vuelve a *La Ilíada* en la voz de una maestra que revive, junto con sus discípulos, esta contienda milenaria. La rememoración se sitúa justamente en un pequeño pueblo griego a

donde llega la ocupación nazi que, para el periodo de 1945 en el que se ubica la historia, ya cumplía cuatro años en dicho poblado. Una alta tensión habita los días no solo por la presencia alemana sino por los continuos bombardeos británicos. Es entonces cuando la joven profesora, para conjurar la amenaza y salvaguardar la vida, huye con su clase hacia una gruta y crea allí un sitio para el relato que cohesiona mientras las tropas dividen y se imponen. A lo largo de la trama su narración va trayendo los paisajes de la guerra entre aqueos y troyanos: armaduras, espadas, lanzas, arcos, caballos y naves avivan esa sangrienta lucha en la que participan temibles guerreros. Un paisaje de cuerpos caídos, llanto, dolor, orgullo y venganza; una heroicidad puesta en tensión, un conflicto bélico desenfrenado.

La contadora de historias conquista el oído de su audiencia y siente cómo cada vez más, ya en la gruta o en la escuela a la que van cuando hay menos riesgo, la necesidad de contar se vuelve inaplazable. Es la posibilidad de imaginar allí donde “Albergar sueños no entraba dentro de la realidad del pueblo. Albergar sueños era incluso peligroso” (Kallifatides, 2020, p. 97). Ese poema homérico compartido es la rebeldía contra la negación de lo posible, pero también, la interpelación al sentido de una guerra tan actual, tan terriblemente cerca. Es lo que se advierte en la inquietud de uno de los escolares: “Me puse a pensar en todos los jóvenes inocentes a los que Aquiles había asesinado sin piedad. Más de tres mil años habían pasado desde entonces y la muerte no se había puesto más leve” (Kallifatides, 2020, p. 117). En efecto, la muerte sobrevive, por ello el pueblo ve con estupor cómo los alemanes acostumburan a sacrificar al azar a tres personas del pueblo por día, si no hay información que delate las acciones de los miembros de la resistencia. Esto en medio del pasmo de la gente y del temor de los estudiantes, de las familias, de la maestra que, en medio de los estallidos, cose las ausencias con puntadas literarias que, aunque punzantes, necesitan ser reconocidas para desnaturalizar la realidad y el sentir.

Es lo que también se pone de manifiesto en *El señor Pip*, la segunda obra mencionada. La historia transcurre en una isla llamada Bougainville en la década del noventa y desnuda los efectos de una guerra civil devastadora. El libro destaca la figura del señor Watts, un hombre que, sin tener el título de maestro, decide reabrir la escuela y convocar a los niños alrededor de la lectura de *Grandes esperanzas*, una novela decimonónica de Charles Dickens. De nuevo, como en el libro anterior, un referente literario irrumpe en esa cotidianidad despezada para recomponer los fragmentos. Pip, el protagonista de la obra del autor inglés, se convierte, de ese modo, en un personaje inspirador y tejedor en las vidas saqueadas de los pequeños aldeanos. Por eso, este pronunciamiento por parte del creador de estos vínculos: “Todos hemos perdido nuestras pertenencias

y muchos de nosotros también nuestras casas —dijo—. Pero estas pérdidas, por graves que puedan parecernos, nos recuerdan aquello que nadie puede quitarnos: nuestra mente y nuestra imaginación” (Jones, 2008, p. 128). No solo Dickens concurre en aquel paraje fabulador, también los adultos son convocados a contar sus saberes, con lo que se crea una comunidad de historias sacadas de los canastos más íntimos y autóctonos.

A Watts lo devora la guerra, pero deja consigo la invitación a la palabra dulce, al fuego que une alrededor del relato. Matilda, una de las alumnas más compenetradas con su legado, va a encontrar en ello sentidos inimaginables para acompañar los dolores, para descubrir su universo subjetivo y sus búsquedas más genuinas.

Vale la pena referir otras obras en las que brota la chispa de la narración en la ceniza. *Fahrenheit 451* (1976) de Ray Bradbury revela la persecución a los libros y a los intelectuales en un contexto político en el que no se admite el pensamiento divergente. La memorización de las obras literarias por parte de quienes se rebelan contra ese régimen no las salva del fuego devorador, pero sí las retiene para la cultura y las generaciones. Esta prohibición también está presente en *Balzac y la joven costurera china* (2001) de Dai Sijie, una historia enmarcada en la Revolución Cultural china impulsada por el gobierno de Mao Zedong<sup>2</sup>. Leer los libros de la literatura europea estaba prohibido, no obstante, son estos los que les permiten a dos jóvenes intelectuales obligados a reeducarse en campos de trabajos forzados, desprenderse del aburrimiento cotidiano y propiciar, junto con una aldeana (sastrecilla) que conocen en la montaña a la que fueron enviados, un espacio clandestino para la fuga imaginaria. Es quizá esa fuga la que también encuentran algunos personajes de *El lector* (2000) de Bernhard Schlink y de *La bibliotecaria de Auschwitz* (2012) de Antonio Iturbe. Ambas obras tienen como trasfondo el contexto de la Alemania nazi. Con singularidades y edades muy diversas, las mujeres que protagonizan estas historias hallan en los libros una presencia que devuelve la vida cuando los efectos o los recuerdos de la guerra y el exterminio resultan incalculables.

2 Este líder comunista fundó la República Popular China y se mantuvo en el poder desde 1949 hasta su muerte en 1976.



## Narrar desde el desgarramiento

*Cuando todo  
era sencillo transcurrir, no herida,  
ni extraña expuesta, ni desgarradura.*

Bonnett, 2015

Otro país llama, en llamas. Un llamamiento desgarrado por el que se cuele un dolor quemante, cenizas de un cuerpo lacerado a través de los siglos; una piel tatuada con cicatrices que son como la escritura de una biografía de pérdidas, muertes y lutos. La memoria reciente huele todavía a respiraciones entrecortadas, a labios temblorosos porque no son capaces de nombrar aún lo acontecido, a rastros de dureza en el asfalto y en el pasto reseco y vencido. También de allí ha bebido la literatura porque no se puede permanecer en estado de sobriedad impasible ante un presente que lleva sobre sus espaldas las marcas de un pasado infame. Huele a Colombia.

Una de las voces presentes en el concierto de las letras colombianas que irrumpe para desacomodar el gesto acostumbrado y desnudar esas marcas cobra vida en la obra *Multitud errante* de Laura Restrepo (2015). Su título es la síntesis de una nación que ha estado sometida, por décadas, a una errancia asociada no solo a un desplazamiento físico obligado, sino a la búsqueda incansable de un quién, un cómo, un porqué, un hasta cuándo, un dónde. En todo caso, una interrogación instalada en el cuerpo como si se tratara de ese equipaje que nunca podrán arrebatar, aunque las maletas se hayan marchado ya a un destino sin retorno.

Es esa inquietud sin renuncia la que habita el continuo errar del personaje de la novela, llamado curiosamente Siete por Tres, un hombre que, desde muy pequeño, contempla el horror de la violencia y se ve compelido a emprender una huida inaplazable. Este hombre busca a alguien y su búsqueda aterriza en un albergue al que llega para conmocionarlo todo, de manera particular, la vida de una voluntaria extranjera que trabaja en ese lugar de acogida temporal; este espacio recibe el peregrinaje de quienes tuvieron que ponerse en marcha porque el peligro no daba tregua. La mujer se define como una “enfermera de sombras” y siente, ante el recién llegado, un remezón en el que habita “la oscura convicción de que lo más estremecedor que la vida depara suele llegar así, de repente, y *sin nombre*” (Restrepo, 2015, p. 16).

Ese “sin nombre” —que podría condensar los nombres de todos los seres desarraigados— va tras los olores de la mujer que lo adopta cuando era apenas un infante, pues sus padres son arrebatados por el conflicto armado desatado entre liberales y conservadores<sup>3</sup>. Su infancia transcurre en medio de marchantes liberales: “diversas gentes correteadas a la fuerza y demás seres que solo en la errancia encontraban razón y sustento” (Restrepo, 2015, p. 32). Años de marcha, de gritos en la garganta, de pies gastados, de atajos.

Pero los olores de su madre adoptiva no aparecen, no irrumpen en esa pesetencia diaria que se pega a la piel para recordar los terrenos pantanosos de la guerra. Sí se ilustra, en cambio, una multitud de olores que avivan las ambivalencias de una realidad descompuesta. Se percibe entonces que “La guerra a todos envuelve, es un aire sucio que se cuele por la nariz” (Restrepo, 2015, p. 32)”. Pero también hay otros aromas más amables al olfato, más cercanos al encuentro y distantes del hervor de los conflictos: “Qué bueno que huele a sopa, pienso: nada malo puede suceder donde la gente está reunida en torno a una olla de sopa. La vida bulle aquí adentro y la muerte aguarda afuera” (Restrepo, 2015, p. 108). No obstante, la fetidez persiste:

Este que ahora nos invade pertenece a un reino indeciso entre la materia sana y la descompuesta, entre lo vivo y lo muerto, y a mí me ha dado por creer que no solo emana de la fábrica de cebo sino de nosotros mismos y de nuestras pertenencias. Mi piel, mis vestidos, el agua que intento llevarme a la boca, el papel que utilizo para escribir están impregnados de este olor mórbido. (Restrepo, 2015, p. 95)

Son los hedores que despiden las heridas abiertas porque adentro sangra aún y esas sustancias malolientes atraviesan la piel y se tornan inevitablemente perceptibles. En los reinos internos de esos cuerpos desplazados se libra también una batalla: “Huyen de la guerra, pero la llevan adentro porque no han podido perdonar” (Restrepo, 2015, p. 89). En medio de tanta opresión, la posibilidad de contar lo vivido crea un intersticio para encarar las soledades, las tardes en las que el ocaso no es solo paisaje, sino un tiempo que gravita entre el morir y el recomenzar; pequeñas muertes cotidianas en las que irrumpe, de pronto, un destello.

3 Esta confrontación tuvo lugar en el marco de lo que se conoce como la época de La Violencia, un periodo que, de acuerdo con el informe *¡Basta ya! Colombia: memorias de guerra y dignidad* (2013), se sitúa entre 1946 y 1958. Los años más hostiles de este periodo tuvieron lugar durante el gobierno del presidente conservador Laureano Gómez, quien gobernó entre 1950 y 1953. Del lado de las toldas conservadoras estaba la Iglesia, la cual ayudó a legitimar el discurso antiliberal que se promulgaba (Grupo de Memoria Histórica, 2013, p. 112). Estas disputas promovieron prácticas represivas en la ciudad y en los contextos rurales e implementaron distintas modalidades de violencia que dejaron a su paso sangre y devastación.

El nuevo comienzo del personaje “sin nombre” y de la mujer del voluntariado se logra en el espacio del relato que ella recompone. Esa es su manera de tejer un nombramiento, de provocar la permanencia en la errancia, de desatar los nudos de ausencia que todavía atorán la palabra de aquel buscador del afecto arrancado por la fuerza violenta. El brote de un vínculo es promesa de vida en la tierra árida; es el brillo que muestra la brasa en el rescoldo, el murmullo que apacigua cuando todo ha sido ruido y constante algarabía. Es la proximidad que demora la despedida porque esta vez huele a la añorada opción de amar, al aroma de la respiración agitada que ya no marcha rabiosa por los caminos polvorientos o fangosos; hay detenimiento en la noche profunda del sueño compartido: “Hasta mí llegó muy vivo el olor de su cuerpo, y lo veo descolgar la trama de tela difusa y figuras borrosas que nos separaba” (Restrepo, 2015, p. 120). Por eso, este fin de la novela es un comienzo...

Mientras tanto, en otros parajes, la horrible noche no sede aún su turno a una oscuridad más cómplice. Las cortinas se corren y dejan al desnudo un pueblo fantasma por cuyas calles camina un hombre de avanzada edad que cuenta sobre la llegada de *Los ejércitos*. Este es el nombre de la obra de Evelio José Rosero que explora con gran factura literaria el arrasamiento de un pueblo perpetrado por actores armados que no se precisan justamente porque podrían ser todos. Este libro es un gran visor de cuadros del despojo.

También allí, como en la obra anterior, alguien busca en la noche oscura de su añoranza, por lo menos el tímido asomo de una mujer jamás vuelta a encontrar en el tiempo ultrajado: “La visión de Otilia se desvanece dejándome un rastro amargo en la lengua, como si hubiera acabado de tragar algo realmente amargo, la risa, mi risa” (Rosero, 2007, p. 195). Ese personaje, que busca sin sosiego, es un profesor jubilado de avanzada edad que sobrevive para contar el horror. Es en su voz que se descubre el despojo de un paisaje que antes del arribo de las tropas, revela el fuego arrobador de un sol que enciende, sin titubeos, los deseos, la alegría desbordante de los cuerpos y su expresión erótica. Por eso, la presencia de la música y sus coqueteos melódicos, los cantos de las guacamayas con su tono multicolor, el fruto del naranjo que expande su sabor entre dulce y agrio por las ya conquistadas vías de la degustación. Es su relato el que dibuja el cuadro de las pisadas de las tropas, los efectos de las municiones, las voces idas, las calles solitarias de un pueblo sombrío y poblado de alaridos audibles y silentes, de casas que reportan el robo de los gestos sencillos, del olor del alimento, de la respiración. Es su memoria de nostalgias la que revela el ocaso inevitable: “San José agoniza en el calor, es un pueblo muerto, o casi, igual que nosotros, sus últimos habitantes” (Rosero, 2007, p. 123).

Su cuerpo cansado y añoso va decayendo como el naranjo ahora lejano. Su delirio es la experiencia de la finitud que lo lanza hasta las regiones de un más allá y un más acá porosos en sus delimitaciones. La persistencia en la palabra lo ata a la tierra. Mientras más se adentra en las penumbras de la guerra más nítido es su testimonio; es como si ese susurro fuera el altavoz de unas verdades que precisan ser narradas para que se propaguen y avisen al mundo que hay luto porque un día llegaron *Los ejércitos* y, en ese pueblo que huele a país, en ese país que huele a otras naciones, el sol no sale con el mismo ahínco y las guitarras sacuden sus cuerdas para entonar un descontento.

## Consideraciones inconclusas o abierturas

Ante la vida y la realidad deshilachadas, la literatura zurce, desde el borde, unas “poéticas” que se adentran en la fragilidad humana, en los vestíbulos tenebrosos de las sociedades. Su potencia simbólica reside en su despliegue estético, pero también, en las derivas de orden ético y político que se desprenden de sus composiciones. Desde tiempos inmemoriales la creación literaria ha incomodado el devenir de la humanidad, ha sacudido las verdades cristalizadas, ha hurgado los silencios más recónditos y ha desnudado las metáforas que nombran, con sutileza y arrojo, las bellezas y los horrores que habitan la existencia.

Hoy más que nunca se precisan literaturas urgentes porque el mundo es un hervor de crisis, de conflictividades violentas, de miedos, de excesos. Se asiste a una sociedad en la que se revelan con furor las pandemias más deplorables. Las guerras continúan, Troya sigue vigente. Hay seres que no se lloran ni en la vida ni en la muerte porque el llanto depende del estatus. Los sistemas totalitarios no claudican y se imponen aun las formas de sujeción que atenazan las libertades y amarran el sentir y el pensar. El neoliberalismo serpentea a sus anchas y privilegia el capital, el mercado, la utilidad. La naturaleza se atropella en nombre de la rentabilidad y un humo tóxico invade el aire.

Miles de cuerpos en distintos rincones del mundo pierden la respiración y doblegan el aliento en el cuarto oscuro de la impotencia. Cada día arroja un mapa de tristeza que no disminuye la curva del dolor. Una sustancia extraña se expande y los gobiernos tienden cercos, aíslan, confinan, llenan los días de protocolos. La proximidad es el peligro, la alteridad es la amenaza. Las calles y los caminos se llenan de vidas ojeras porque cuál sueño tranquilo, cuál reposo, cuál cuidado cuando el pan diario no alcanza, cuando el hambre acecha.

Ante las heridas abiertas, las letras despuntan para crear las fisuras. Se necesitan sorbos de ficción y de poesía para acompañar el trago amargo de los días; se precisan tramas que transgredan la normalidad, que desnaturalicen los órdenes existentes y den lugar a esa intemperie simbólica en la que acontece un

nuevo tiempo. No se trata de un tiempo paradisiaco, sino de una vida que se reconoce en su paso transitorio por la tierra y no por ello renuncia a buscar un gesto noble y amoroso para los destinos humanos, para toda forma de presencia y ausencia en el universo. Para terminar, una abertura poética con este texto de autoría propia:

### **Extravíos**

*Un orden policial*

*El triste grito de las ambulancias*

*Una lluvia que no cesa.*

*El periódico derretido en la piel,*

*insomnio sin lecho y sin cobijo,*

*El canto del ave en el tejado.*

*Celda adentro*

*El enorme ojo que custodia*

*La lanza vencida frente al cíclope*

*La vida diminuta ante el abismo*

*El trazo que rasga las cortinas.*

*Vuelo sin velo*

*Danzas de ojos múltiples*

*Un patio entre la risa y el fuego*

*Una edad fundacional*

*El hilo de todas las generaciones.*

*Si alguien llama al orden,*

*reporten que a esta hora intemporal*

*nadie se ha quedado en casa...*

### **Referencias**

Bonnett, P. (2015). *Poesía reunida*. Penguin Random House.

Bradbury, R. (1976). *Fahrenheit 451*. Plaza & Janés.

Butler, J. (2006). *Vida precaria: el poder del duelo y la violencia*. Paidós.

Coetzee, J. M. (2002). *La edad de hierro*. Mondadori.

Coetzee, J. M. (2014). *Vida y época de Michael K*. Penguin Random House.

- Grupo de Memoria Histórica. (2013). *¡Basta ya! Colombia: Memorias de guerra y dignidad*. Centro Nacional de Memoria Histórica. <https://www.centrode-memoriahistorica.gov.co/micrositios/informeGeneral/>
- Iturbe, A. (2012). *La bibliotecaria de Auschwitz*. Planeta.
- Jones, L. (2008). *El señor Pip*. Salamandra.
- Jonker, I. (2015). *Humo y ocre*. Editorial Universidad de Antioquia.
- Kallifatides, T. (2020). *El asedio de Troya*. Galaxia Gutenberg.
- Mèlich, J. C. (2014). La condición vulnerable (Una lectura de Emmanuel Levinas, Judith Butler y Adriana Cavarero). *Ars Brevis*, 20, 313-331.
- Restrepo, L. (2015). *La multitud errante*. Penguin Random House.
- Rosero, E. (2007). *Los ejércitos*. Planeta.
- Schlink, B. *El lector*. (2000). Anagrama.
- Sijie, D. (2001). *Balzac y la joven costurera china*. Salamandra.